



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA DE SALAMANCA

SE222203

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

En la barca de Pedro

“La Iglesia sin mujeres se derrumba”, afirmaba el papa **Francisco** con una franqueza que sorprendió a muchos. Palabras contundentes que marcaron un importante punto de inflexión en un largo y complejo camino que comenzó hace más de sesenta años con las 23 auditoras del Concilio Vaticano II. Hoy, con la elección del papa **León XIV**, la cuestión de la mujer en la Iglesia se encuentra en un posible nuevo punto de inflexión. Por un lado, las voces de las mujeres se escuchan cada vez con más frecuencia por los pasillos del Vaticano, con nombramientos impensables hace tan solo veinte años. Por otro lado, el acceso al diaconado sigue en estudio, pero, por el momento, sin perspectivas de apertura, lo que alimenta el debate en el panorama eclesial actual, generando también diferentes posiciones –por ahora sin un punto de síntesis– entre las propias mujeres católicas. Mientras las religiosas dirigen hospitales, escuelas y organizaciones benéficas en todo el mundo –algunas dirigen congregaciones tan grandes como multinacionales– y cada vez más mujeres ocupan cátedras de Teología, desarrollan estudios y dirigen el pensamiento, la cuestión de su papel en la Iglesia sigue siendo un campo de batalla candente, una prueba de fuego que revela diferentes visiones. ¿Qué ha cambiado desde el Concilio Vaticano II? Al repasar los pontificados de los últimos sesenta años, se vislumbra un camino de aperturas graduales, pero también de tenaz resistencia, reflejo de una Iglesia que se encuentra en equilibrio entre la tradición y la renovación. Un camino marcado por la continuidad doctrinal

–todos los pontífices han mantenido su firme postura sobre el sacerdocio reservado a los hombres–, pero también por avances progresivos en la práctica, con una expansión (aunque lenta y a veces obstaculizada) de los espacios para la participación femenina. Esta brecha fue abierta por el papa **Juan XXIII**, quien en *Pacem in Terris* (1963) marcó un punto de inflexión en la Doctrina social católica. En esta encíclica, el pontífice identificó explícitamente la emancipación femenina como uno de los “signos positivos de los tiempos” y afirmó la dignidad de la persona humana sin distinción de género. Reconoció el derecho de las mujeres a condiciones laborales adecuadas a sus necesidades y a su rol como esposas y madres, y apoyó la plena participación en la vida pública, social y política en igualdad de condiciones con los hombres. El pontificado de **Pablo VI** se desarrolló en un período de profundos cambios sociales: surgieron movimientos feministas y la reivindicación de la igualdad de derechos se hizo cada vez más fuerte. En este contexto, el Papa –quien en su Mensaje a las Mujeres al cierre del Concilio (1965) escribió: ‘¡A vosotras os corresponde salvar la paz del mundo!’– inició un primer diálogo significativo sobre la cuestión femenina afirmando claramente la igual dignidad de hombres y mujeres, ambos creados a imagen de Dios. **Montini**, el gran timonel del Concilio, comenzó a abrir algunos roles eclesiales a las mujeres, manteniendo una clara distinción respecto a los ministerios ordenados. También realizó un gesto

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano (traducción de ÁNGELES CONDE) se distribuye de forma conjunta con VIDA NUEVA y no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

→ significativo al proclamar, en 1970, a las dos primeras mujeres Doctoras de la Iglesia: Santa **Teresa de Ávila** y Santa **Catalina de Siena**. Su enfoque, basado en la tradición cristiana, atribuyó un gran valor a la maternidad como vocación femenina específica, pero reconoció que la identidad de la mujer no se limita a ella. En la carta apostólica *Inter Insigniores* (1976), reiteró la imposibilidad de la ordenación sacerdotal de las mujeres. Con **Juan Pablo II**, la reflexión teológica se articuló más. En 1988 publicó la importante carta apostólica *Mulieris Dignitatem*, en la que defendía la complementariedad entre el hombre y la mujer y el papel específico de la mujer en la Iglesia y en la sociedad; en 1995 escribió la Carta a las Mujeres, en la que leemos: La Iglesia ve en María la máxima expresión del “genio femenino”. En 1994, con la carta apostólica *Ordinatio Sacerdotalis*, confirmó la postura tradicional sobre el sacerdocio masculino, declarando que la Iglesia no tenía la autoridad para conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres y que esta decisión debía considerarse definitiva. En 1997 proclamó a **Teresa de Lisieux** Doctora de la Iglesia.

El pontificado de **Benedicto XVI** continuó la estela de su predecesor, reafirmando el valor irremplazable de la mujer en la Iglesia, a la vez que confirmaba las posturas tradicionales sobre los roles ministeriales. El papa **Ratzinger** valorizó las figuras femeninas como santas, teólogas y místicas, proclamando a **Hildegarda de Bingen** Doctora de la Iglesia en 2012. En su magisterio, subrayó la complementariedad entre hombre y mujer, rechazando las teorías de género y proponiendo una visión antropológica basada en la diferencia natural entre los sexos.

Con el Papa Francisco se produjo un cambio de ritmo significativo que, sin modificar la doctrina sobre los ministerios ordenados, introdujo cambios concretos y abrió nuevas perspectivas. Sus críticas al machismo eclesial y su llamada a la necesidad de desmasculinizar la Iglesia han dado un nuevo tono al debate. Francisco ha nombrado a mujeres laicas en puestos de responsabilidad nunca antes confiados a mujeres, y ha establecido dos comisiones sobre el diaconado

femenino, reabriendo un debate teológico e histórico sobre el tema. Sin embargo, también fue criticado por la falta de decisiones definitivas al respecto. Su pontificado confirmó la postura sobre el sacerdocio femenino, pero representó un intento de cambiar el estilo de liderazgo y dar mayor voz y espacio a las mujeres en los procesos de toma de decisiones de la Iglesia.



Las mujeres católicas, cuyas expectativas han crecido considerablemente, viven hoy esta situación con sentimientos encontrados: algunas aprecian los pasos dados, otras los consideran insuficientes; algunas comparten la visión tradicional de los roles ministeriales, otras esperan cambios radicales. La elección del Papa León XIV abre un nuevo capítulo en la historia de la Iglesia. Su historia, sus primeras palabras, sus primeros gestos y encuentros nos hablan de un hombre de diálogo, paz y justicia. De esperanza. “Aún vemos demasiada discordia, demasiadas heridas causadas por el odio, la violencia, los prejuicios, el miedo a lo diferente, por un paradigma económico que explota los recursos de la Tierra y margina a los más pobres”, destacó en la homilía de la Misa inaugural de su pontificado. Pero el camino debe recorrerse “juntos: entre nosotros, con las Iglesias cristianas hermanas, con quienes siguen otros caminos religiosos, con quienes cultivan la inquietud de la búsqueda de Dios, con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, para construir un

mundo nuevo donde reine la paz”. Su primer nombramiento en la Curia es femenino y de gran importancia: la hermana **Tiziana Merletti**, de las Hermanas Franciscanas de los Pobres, fue designada por el Papa como secretaria del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, del que sor **Simona Brambilla** es Prefecta.

Donne Chiesa Mondo de este mes habla del tema del Jubileo, es decir, la esperanza. La esperanza no es una espera pasiva, sino la fuerza que mueve a actuar. Que representa la necesidad profunda del ser humano de no ser manipulado, de resistir, y es la chispa que permite imaginar y construir una sociedad muy humana. Quien espera no espera el cambio, sino que lo hace posible.

En este número especial, muchas mujeres que encarnan esta esperanza militante se expresan. Entre ellas la hermana **Norma Pimentel**, “el ángel de los migrantes” en la frontera entre Estados Unidos y México; la poetisa **Carmen Yáñez**, quien sobrevivió a la prisión y la tortura bajo el régimen de **Pinochet**, y quien, al igual que su esposo, el escritor **Luis Sepúlveda**, hizo del testimonio un deber y de la memoria un arma para alcanzar la justicia; y la hermana **Rosemary Nyirumbe**, quien en África Central devuelve la dignidad y el futuro a las niñas soldado.

El relato televisivo que falta

ALESSANDRA COMAZZI

Existe una especie de cortocircuito entre la representación y la realidad en lo que respecta a las religiosas. En el Vaticano, hay prefectas y gobernadoras, religiosas que son economistas, historiadoras, profesoras universitarias y científicas. Muchas de ellas dirigen congregaciones religiosas formadas por miles de personas como, por ejemplo, las Salesianas que son casi 15.000 o las Hijas de la Caridad que son casi 20.000 y están presentes en los cinco continentes donde gestionan colegios, universidades, instituciones educativas internacionales, hospitales, misiones, centros de acogida y proyectos de desarrollo. Sus Madres generales prácticamente dirigen multinacionales y gestionan fondos, tienen enormes responsabilidades y un impacto social concreto y medible. Pero todo esto se percibe muy poco en televisión, donde las monjas están atrapadas en una narrativa estereotipada y reduccionis-



Geraldine Chaplin

ta. Son las protagonistas de ficciones ligeras y sentimentales, representan figuras aisladas y alejadas de la complejidad del mundo eclesiástico femenino contemporáneo.

Vacío de género

E incluso en el nivel parahistórico, es decir, la revisión de personajes y épocas, el vacío de género es casi neumático. Durante un tiempo, las televisiones italianas compitieron por recrear las historias de papas y santos como **Juan XXIII**, **Pablo VI** y **Juan Pablo I** y II,

Don Bosco o el Padre **Pío**. ¿Y las mujeres? ¿Toda esa vasta cosecha de personalidades colosales que animaron la vida de la Iglesia? Sí, vimos a alguna Santa **Clara**, un par de Madres **Terasas** o varias **Juanas de Arco** sin ningún análisis en profundidad particular sobre la joven, nacida en 1412, quemada en la hoguera en 1431, canonizada en 1920, y eso significará algo. La llegada de las plataformas de *streaming* ha despertado el interés por las mujeres que fueron pioneras en algo, véase a la abogada valdense **Lidia Poët**,

la primera mujer en ingresar al Colegio de Abogados de Italia, con su biografía adaptada; pero aquí también encontramos poco sobre religiosas, místicas, teólogas. Y las hay que son auténticas gigantes.

Las cadenas creen que las mujeres de fe no llaman la atención de los espectadores, y que también es difícil modificar sus biografías. O explotarlas. El sentimiento común de directores, guionistas y productores lleva a pensar que lo femenino es ese “eterno” hecho de miradas asesinas y cuerpos seductores. Hay mucho trabajo por hacer y mentalidades que cambiar. El desafío, en tiempos “difíciles de recorrer y contar”, como dijo el Papa **León** en su primer encuentro con la prensa, es “nunca ceder a la mediocridad”, alejándose de “estereotipos y clichés”. Quizás haya llegado el momento de actualizar también la narrativa televisiva. Porque una Iglesia que cambia merece una narrativa a la altura de sus protagonistas.

Por una Iglesia sin jerarquías de género

MARINELLA PERRONI

Querido hermano, papa **León**”. Así comienza una larga y apasionada carta que la hermana **Martha Zechmeister**, de la Congregación de Damas Inglesas y profesora de teología en la Universidad Centroamericana de El Salvador, escribió al Papa. Una carta que no puede resumirse, sino que debe leerse, meditar-se, comentarse y debatirse en toda la Iglesia, porque, aunque dirigida al pontífice, está escrita en realidad para toda la Iglesia. Porque muchos católicos, no solo mujeres, sufren al ver cuán amplio y profundo es el cisma, no aquel con el que amagan algunos obispos aferrados a

una tradición sin historia, sino “el lento e imparable éxodo de mujeres (y hombres) que ya no se encuentran en una Iglesia que sigue siendo simbólica y estructuralmente masculina”.

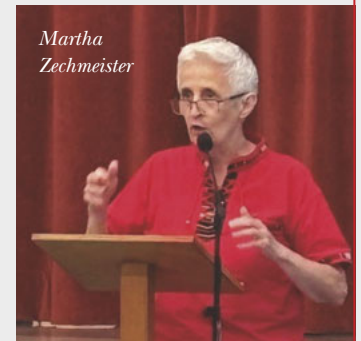
Con claridad y franqueza evangélica, sor **Marta** pide al Papa que haga lo que debería poder hacer mejor que otros porque, como canonista, “sabe cuánto todo el ‘aparato’ de la Iglesia católica no se debe simplemente a la ‘ley divina’, sino que ha crecido históricamente, ha sido modelado por el contexto y la respectiva situación cultural; y por tanto, también puede ser modificado”.

Ella no reivindica el acceso al ministerio ordenado, pero para ella como para muchas

otras, en el origen de su vocación estaba “la evidente, quizá ingenua, confianza de que solo sería cuestión de unos años encontrar la plena fraternidad en la Iglesia; una Iglesia en la que ya no habría jerarquías basadas en el género”. Y, cincuenta años después de lo que el Concilio Vaticano II había dado por “obvio”, ella y muchas otras se ven obligadas a constatar que “el verdadero escándalo” es que “la representación de **Jesús** todavía es un privilegio masculino”.

Palabras valientes

Palabras claras y valientes, fortalecidas por la conciencia de que las mujeres en la Iglesia ya no pueden ni deben permanecer calladas si no quieren



Martha Zechmeister

ser culpables de contribuir a desfigurar el rostro de **Jesús** en la Iglesia. Palabras arraigadas en la conciencia de género que muchas mujeres católicas han desarrollado en los últimos años y que las llevan a negarse a seguir siendo “bien educadas y conformistas que hacen funcionar el sistema”.

En los mensajes de todo el mundo dirigidos a **León XIV**, inmediatamente después de su elección, una de las palabras que más resonó fue “esperanza”. La paz que el nuevo pontífice evocó varias veces en su primer mensaje, para el presidente de la República Italiana, **Sergio Mattarella**, es “la esperanza de toda la humanidad”. La Puerta Santa, abierta a finales de 2024 por el Papa Francisco al inaugurar el Jubileo, nos anima a convertirnos en “peregrinos de la esperanza”. Pero ¿qué significa tener esperanza hoy en un mundo que oscila entre el cinismo, la resignación o, en algunos casos, el optimismo fácil? La esperanza no es una evasión del presente ni del mundo real; es más bien un “intenso anhelo de futuro”, como escribe **Jürgen Moltmann** en su *Teología de la esperanza*. Ni siquiera coincide con las expectativas, que en realidad son meras proyecciones de nuestras ambiciones y aspiraciones, destinadas en gran parte a convertirse en decepciones. La etimología nos ayuda porque la raíz sánscrita “spa” significa “tender hacia una meta”, inclinarse, perder el equilibrio, ir más allá de uno mismo y de la contingencia del momento. Es ir más allá.

La esperanza es un movimiento que surge sin certezas, sustentado por la confianza y de la resonancia que el bien produce en nosotros. Podemos esperar porque ya hemos experimentado algo bueno, porque sentimos que el bien resuena en nosotros con más fuerza que el mal. La esperanza no es racional, no depende de cálculos de costo-beneficio ni de apoyos externos. Es un impulso que nace de dentro, de la confianza en la posibilidad del bien. El papa **Francisco**, en la encíclica *Fratelli tutti* la describe como arraigada en lo más profundo de cada ser humano; como “un anhelo de plenitud, de una vida realizada, de compararse con lo grande, con lo que llena el corazón y eleva el espíritu... La esperanza es audaz, puede mirar más allá de la comodidad personal... para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna”.

Riesgo cero

Sin esperanza no hay libertad. Su ausencia estrecha horizontes, nos entrega a prejuicios, cierra el futuro y extingue la solidaridad. No es casualidad que sembrar la desconfianza sea una estrategia de dominación practicada con demasiada frecuencia. La obsesión contemporánea



La esperanza, impulso de libertad

En una época de cinismo, el valor es desafiar el presente

por la “seguridad” sofoca la esperanza, reduciendo la vida a la mera supervivencia biológica y encogiendo nuestros horizontes hasta que coinciden con nuestras burbujas protectoras. ¡Pero así es como nos asfixiamos! No nos dejemos seducir por la desconfianza, la desilusión y el desencanto, incluso cuando todo parezca imposible. Como escribe la poeta **Margherita Guidacci**: “¡No obedezcáis a quienes te dicen que renuncies a lo imposible! Solo lo imposible hace posible la vida humana”. No esperemos solo para nosotros mismos. “Tenemos la obligación moral de no dejar que la esperanza muera en nosotros para hacerla renacer en quienes la han perdido”, nos recuerda el psiquiatra italiano **Eugenio Borgna**. Dar voz a los caminos de la esperanza nos abre más allá de no-

sotros mismos hacia el reconocimiento de la solidaridad con los demás y con las generaciones futuras. Sin esperanza, ¿para qué sembrar? ¿Para qué comprometerse? Como dijo **Juan XXIII**: “No consultéis con vuestros miedos, sino con vuestras esperanzas y sueños. No penséis en vuestras frustraciones, sino en vuestro potencial no realizado. No os preocupéis por lo que habéis intentado y en lo que habéis fallado, sino en lo que queda por hacer”.

La esperanza es “pasión por lo posible”, escribió el filósofo **Søren Kierkegaard**. Una pasión que opone la primacía de la necesidad a la fuerza de la imaginación. Si no aprendemos el arte de mirar más allá de lo presente, o de lo que se puede predecir a partir de lo dado, nunca seremos libres. La poeta estadounidense **Emily**



"Rama de almendro en flor",
1890, Vincent van Gogh,

Dickinson lo expresa con delicadeza: "Sin saber cuándo amanecerá, mantengo todas las puertas abiertas". Entonces podemos respirar con la confianza de una plenitud que nos espera. Se llama "salvación" y concierne a nuestra integridad; no solo a la supervivencia biológica, sino también a la dignidad, la libertad, el espíritu que nos anima y el sentido de nuestra existencia. Quienes dan su vida por los demás no están "a salvo", sino "salvados".

La esperanza es un deseo de salvación, no de seguridad. Buscar la seguridad significa perseguir el mito del "riesgo cero". Pero sin arriesgar no se puede vivir, y sin esperanza no se puede arriesgar. Solo quienes tienen esperanza pueden mirar a la muerte de frente por amor a la vida. Como escribe **Georges Bernanos**: "La esperanza es un riesgo que hay que correr. Es más, es el riesgo de los riesgos". La esperanza es una fuerza revolucionaria que surge del profundo deseo del ser humano de no ser pasivo ni manipulado: un deseo continuamente sofocado por miedos inducidos. Es una virtud, no una inspiración emocional genérica. Requiere la valentía para afrontar los desafíos, en lugar de simplemente

defenderse. Cambiar el *statu quo*, luchar contra la injusticia, derribar muros son movimientos complejos que florecen y se sostienen solo gracias a esta virtud.

Quienes pierden la esperanza odian la vida, y esto se evidencia trágicamente en las formas destructivas que afligen la vida social contemporánea. "La esperanza es una condición esencial del ser humano; si renuncia a toda esperanza, habrá abandonado su propia humanidad", escribe el filósofo coreano **Byung-chul Han**. Un mundo sin esperanza se vuelve cínico e inhumano. "El hombre ha luchado por la libertad y la felicidad, pero comienza una era en la que deja de ser humano y se transforma en una máquina que no piensa ni siente", advierte **Erich Fromm**. El antídoto para no asemejarse a las máquinas y dispositivos que hemos construido es la esperanza, que impulsa la activación y la iniciativa en lugar de la pasividad.

El camino abierto

Quienes se mueven por el impulso de la esperanza saben que la recompensa fundamental no reside en la culminación de la obra, sino en el proceso, en el camino que, al andar, se abre. El futuro no está escrito. Para Moltmann, la esperanza no tiende a "iluminar la realidad existente, sino la venidera", y "no lleva al hombre a conformarse con la realidad dada, sino que lo implica en el conflicto entre la experiencia y la esperanza". Quienes cultivan la esperanza no se adaptan, no se resignan "a que el mal siempre genere más mal".

La esperanza es paradójica. Requiere humildad y escucha, pero también la capacidad de involucrarse y de tomar la iniciativa. La esperanza no es pasiva ni activa, es "deponente". "No es una espera pasiva ni una imposición irrealista de circunstancias que no pueden materializarse. Esperar significa estar siempre preparado para lo que aún no ha nacido", escribe Fromm. En un mundo fragmentado, donde triunfa el individualismo exasperado que se convierte en "egocracia", la falta de esperanza alimenta el egoísmo, cuando no justifica el odio. Por el contrario, la esperanza reconecta y reconcilia: "El sujeto de la esperanza es un nosotros", afirma Byung-chul Han.

Sin esperanza, vivir se convierte en sobrevivir, adaptarse a lo existente buscando como mucho pequeñas islas de comodidad que reproducen lo mismo y que, al final, se apagan. La esperanza nos libera del devenir y nos da el futuro: nos capacita para liberarnos de la tiranía de un tiempo cerrado, para transformar el devenir

Y, AUN ASÍ

Era aquella época en la que toda esperanza resultaba indecente. Una prohibición tácita imponía ser repetidores en el dolor desordenar todo hasta estropear su raíz. Y, aun así.

Y, "aun así" resonaba.

Porque una belleza gritó desde aquel abril.

Aquel abril abrió millones de brotes que transformó en hojas de un verde pequeño.

Y, aun así. El niño y la niña seguían riendo.

No era casualidad que esa amplia e inteligente belleza... Esa belleza estaba allí. Estaba allí bajo la casa

dentro de todas las plantas. En las siempre asombrosas nubes. Estaba allí. Expandía el aliento. Y estaba allí. Estaba allí y quizás. Se escondía.

De nosotros. El corzo seguía apareciendo cortándonos el paso. El tejón con su hocico seguía cavando agujeros el pájaro carpintero picoteaba. El jilguero en el alféizar, estaba allí con sus saltitos. Y, aun así.

Todo. Estaba hecho de esplendor. Solo que para nosotros no brillaba.

Pero puedo asegurar que había esplendor y que brillaba.

Todos los días. A cada hora.

Sí. Puedo jurarlo ante cualquier tribunal. La belleza seguía ahí. Estaba allí.

Mariangela Gualtieri

Da Ruido Umano, Einaudi, 2024



predecible en un futuro inaudito. "Quien espera se vuelve receptivo a lo nuevo", porque "la esperanza es la matrona de lo nuevo", escribe Byung-Chul Han.

En el fondo, vivir es esperar.

Caminemos pues con esperanza por el camino que nos ha dejado como legado el Papa Francisco: "¡Seguir cultivando sueños de fraternidad y ser signos de esperanza!".

“El migrante da, no quita”

RITANNA ARMENI y LUCIA CAPUZZI

Norma Pimentel es la voz de los últimos en Estados Unidos

Me llena de alegría la elección del papa **León XIV**. Es una verdadera bendición para la Iglesia”, dice **Norma Pimentel** con una sonrisa que parece traspasar la pantalla. “El papa **Francisco** nos enseñó a defender la dignidad humana, especialmente la de quienes viven al margen de la sociedad. Y ahora veo la misma atención en León XIV con su presencia junto a los pobres, su compasión y su capacidad para inspirar esperanza. Desafía las injusticias que causan sufrimiento y nos invita a todos al diálogo y al compromiso de construir la unidad; como recuerda su lema, *En Uno, somos uno*. Diálogo. Esperanza. Son las palabras que guían la vida de la hermana Norma, una religiosa mexicana y estadounidense que siempre ha estado cerca de los últimos, de los migrantes, de los pobres y de los marginados. Su intensidad es palpable, incluso a través de la pantalla. Cada palabra acaba con la distancia, llega directa al corazón.

De cabello corto plateado y ojos castaño claro, Norma Pimentel —de 72 años, de las Misioneras de Jesús, nacida en Brownsville (Texas) de padres mexicanos— no oculta su emoción al hablar de migrantes. Para ella, cada historia es un rostro y cada injusticia, un dolor que la conmueve. Durante más de cuarenta años ha curado las heridas grabadas en cuerpo y alma de los que han sufrido la violencia en sus países de origen y en la huida a lo largo de cientos de miles de kilómetros hacia la frontera de Estados Unidos. Allí, dirige las Caridades Católicas del Valle del Río Grande, donde ofrece refugio, atención y asistencia a decenas de miles de refugiados. En 2015, el papa Francisco elogió públicamente su compromiso y quiso conocerla durante su viaje a Nueva York. En 2020 fue incluida entre las cien personas del año por la revista *Time*. Licenciada en Bellas Artes, también es conocida por su trabajo como pintora.

¿Qué le preocupa sor Norma?

Cuando cambió la administración de la Casa Blanca, comenzamos a ver en los ojos de los migrantes una tristeza, angustia y desesperación sin precedentes. La pregunta estaba grabada en sus rostros: ‘¿Qué pasará ahora?’. No me refiero solo a los refugiados que, de la noche a la mañana,

vieron cancelada su cita para solicitar asilo en la frontera y quedaron varados en los puentes internacionales de las ciudades fronterizas. Hablo de quienes llevaban años viviendo en Estados Unidos. Familias con trabajo, hogar, estabilidad... Todo lo que habían construido corría el riesgo de derrumbarse. Comprendí entonces que mi misión era devolverles la esperanza.

No están solos

¿Cómo hacen para devolver la esperanza a quien ve cómo se derrumban sus certezas?

Hasta enero, quienes acababan de cruzar la frontera eran quienes llamaban a las puertas de nuestros centros para recibir ayuda y asistencia. En ocasiones, era la propia policía de inmigración quien los acompañaba. Sin embargo, cada vez son menos. Han aumentado las necesidades de los migrantes de larga duración que aún se encuentran en situación irregular debido a una serie de limitaciones legales. Tienen miedo de salir de sus hogares, de ir a trabajar, de enviar a sus hijos al colegio por temor a ser detenidos y expulsados. Están aterrorizados. En mi asociación nos preguntamos cómo hacer sentir a estas personas que la Iglesia está cerca y acompaña su sufrimiento. Visitamos parroquias y asociaciones y les explicamos sus derechos, qué hacer en caso de ser detenidos y a qué abogados pueden acudir. Damos testimonio de que estamos con ellos. Que no están solos. Que juntos podemos afrontar todo esto. Les escuchamos, buscamos soluciones a sus problemas prácticos y tratamos de prepararles para que estén listos, psicológicamente, para lo que les pueda pasar.

En muchos países están surgiendo partidos y líderes que proponen mano dura para frenar a los migrantes. ¿Dónde nace tanta hostilidad?

La política ha “capturado” la cuestión migratoria y la ha transformado en una poderosa arma electoral. Mediante una narrativa falsa, se representa a los migrantes como intrusos a los que temer. Se les priva del derecho a ser personas y se les transforma en criminales, especuladores, vagos a los que mantener que han llegado a nuestras naciones para quitarnos el trabajo, los recursos y la seguridad. Desde esta perspectiva, no merecen ninguna

piedad. El miedo justifica la adopción de las políticas más crueles contra ellos.

La retórica antiinmigrante tiene una fuerte influencia en los trabajadores humildes, los suburbios, las clases trabajadoras. ¿No empatizan con quienes viven en condiciones similares?

Los ciudadanos con menos recursos son los más expuestos al miedo. Se sienten frágiles, indefensos, enfadados, y creen que un gobierno “fuerte” podrá defen-



derlos de las crecientes dificultades que enfrentan. Creen en la amenaza del “enemigo externo” avivada por una retórica falsa. Aunque muchos están empezando a darse cuenta del engaño. Hay quienes están empezando a cambiar de opinión. Quienes son expulsados no son delincuentes comunes, sino que son vecinos, amigos, familiares conocidos, feligreses y compañeros de colegio de nuestros hijos. Lo cierto es que los migrantes no vienen a quitar, sino a dar.

¿Qué aportan los migrantes?

En los últimos años, he conocido y tratado de ayudar a más de medio millón de migrantes. Esto me ha obligado a reflexionar sobre lo que significan para Estados Unidos. Nos dan mucho más que su contribución material en términos de trabajo. Al verlos rezar de rodillas, comprendí que los migrantes vienen a santificarnos con su presencia. Nuestro país, impregnado por su sufrimiento y por la enorme resistencia que encuentran, se convierte en tierra sagrada. Su éxodo es un acto de fe en la vida y en Dios porque dejan atrás toda certeza, sufren todo tipo de abusos en el camino y continúan con la fuerza de la esperanza en la posibilidad de alcanzar seguridad en otro lugar. En nuestros refugios, veo a hombres levantarse en medio de la noche, ir a la capilla y, en la oscuridad, hablar con el Señor con conmovedora confianza y naturalidad. Así que doy gracias al Padre por estos hermanos que están santificando nuestros hogares y comunidades. Los estadounidenses no nos damos cuenta de lo que estamos haciendo. Al cerrarles la puerta en la cara, ahuyentándolos sin piedad, nos cerramos a Dios. Espero que el Señor nos perdone de verdad.

¿Cuáles son las esperanzas de quienes llegan a nuestros países buscando refugio?

Cada historia es diferente, pero hay similitudes. Si a un padre se le pregunta por qué vino, suele destacar la necesidad

de mantener a su familia. Las madres, en lugar de hablar, señalan al niño a su lado y simplemente dicen: por él o por ella. Tienen un temor más que fundado de que terminen en bandas criminales. Esto les da la determinación de partir para llevarlos a un lugar donde puedan crecer y estudiar. Y los hijos esperan reunirse con sus padres cuando llegan solos.

Tierra de oportunidades

¿Qué consejo daría a los gobiernos que desean construir muros, físicos o legales, para detener a los migrantes?

Fue el presidente **Reagan** quien afirmó que Estados Unidos se fundó en la acogida de migrantes de todo el mundo. Que es una tierra de oportunidades para quienes desean contribuir a la comunidad y mejorarla. Todos los países se benefician del talento, de las vidas y de los valores de quienes llegan a ellos. Al aislarnos e impedir que otros formen parte de nuestro presente y futuro, cerramos la posibilidad de progresar como sociedad. En lugar de cerrar las fronteras, los gobiernos deberían hacer un discernimiento serio para crear una política migratoria ordenada, capaz de acoger e integrar a las personas.

En 2019, instó al presidente Trump a reunirse con migrantes en uno de sus albergues. ¿Le invitaría de nuevo?

Por supuesto. Es fundamental ver, escuchar y hablar con los migrantes en persona antes de tomar decisiones sobre ellos. Al acercarnos a una realidad, permitimos que nos provoque. Nos abrimos, de alguna manera, a Dios, quien nos habla a través de lo que sucede. Al contemplar los rostros de los refugiados, nos damos la oportunidad de vislumbrar el de Cristo. Con la mirada puesta en Él, ciudadanos y líderes podrán tomar las decisiones correctas por el bien de los pueblos y la humanidad.

El papa Francisco expresó el sueño de una Iglesia pobre para los pobres, un hospital de



campana, una madre misericordiosa. ¿Cree que los católicos estadounidenses están dando pasos en esta dirección?

Los sacerdotes y obispos están sinceramente comprometidos en su esfuerzo de llevar un mensaje de misericordia a la sociedad. Muchos fieles están atemorizados. La crisis mundial, la falsa narrativa sobre los migrantes y las consecuencias de decir o hacer algo contracorriente los atenazan. Y el miedo nos hace prisioneros. Muchos fingen no ver lo que les sucede a los migrantes. El Evangelio es claro: acoger al pobre y al extranjero significa acoger a Jesús. La Iglesia no puede eludir la tarea de proclamarlo con fuerza, ahora y siempre. *El miedo es lo opuesto a la esperanza, la virtud cristiana por excelencia a la que está dedicado el Jubileo. ¿Qué hace tan difícil tenerla?*

El individualismo del que somos rehenes. El concentrarnos obsesivamente en nosotros nos hace perder de vista a los demás. La falta de contacto humano es lo que más me preocupa. Por desgracia, internet y las redes sociales favorecen la virtualización del mundo y la sociedad, especialmente entre los jóvenes. Solos, sin Dios y sin hermanos, es difícil encontrar la fuerza para seguir adelante. Yo no podría. No daría un paso sin la certeza de que Dios está presente en mi existencia y me acompaña. Me encanta comenzar el día con un momento de adoración silenciosa ante el Santísimo Sacramento. Es el Señor quien me da la esperanza de que mi lucha diaria no es en vano. Que el mal, el dolor y la angustia no durarán para siempre. Mi misión y la de todo cristiano es hacer tangible la presencia de Dios, aquí y ahora. Secando las lágrimas de los que lloran, sanando las heridas de los abandonados y escuchando el clamor de los afligidos. Estando cerca de quienes sufren en el momento de oscuridad, esperando la luz. Porque la luz llegará.

Víctima de ‘La bestia’

La bestia es el infernal tren de carga que cruza México de sur a norte, utilizado por cientos de miles de migrantes que huyen de la pobreza, la inseguridad y las dictaduras y se dirigen a la frontera con Estados Unidos. Los migrantes, muchas veces sin billete, se suben a estos trenes y, en un viaje que puede durar semanas, soportan hambre, sed, calor, frío e incluso violencia. “En *La bestia* esta hermosa niña perdió las piernas. Su madre, su padre y sus dos hermanos, los cinco, intentaron subir al tren en México cuando la niña perdió el equilibrio al retomar la marcha. El tren arrancó arrastrando a la pequeña. La madre, agarrando desesperadamente un pie de la niña que encontró entre las vías, fue de ciudad en ciudad pidiendo ayuda para detener el tren. Su hija fue llevada a un hospital donde recibió atención médica”. **Norma Pimentel** lo escribió en su perfil de Facebook donde se puede hacer una donación a su causa. [Facebook.com/nonaseni](https://www.facebook.com/nonaseni).

La energía de Berni

La historia íntima de una mujer que redescubre su fe durante la enfermedad y muerte de su hijo a los 20 años

Por qué ahora vas a la iglesia todos los días?, me preguntó mi hijo **Bernardo**. Era febrero, el año de su graduación del instituto, la selectividad y el año en que el sarcoma de **Ewing** irrumpió en su preciosa vida a los 18 años. “Lo tengo todo, pero me falta salud”, decía a menudo **Berni**, quien lograba resumir la realidad en pocas palabras. Aun consciente de tener un tanque armado en el cuerpo, resistió y, con enorme naturalidad, emprendió su larguísima quimioterapia. Cuando terminaba, volvía a la universidad y salía con sus amigos. “Es un huracán que llena la sala, caminando con su porte de modelo de un pasillo a otro, dejando tras de sí alegría y despreocupación”, me escribían sobre él las enfermeras del Campus Bio-Medico de Roma que lo conocieron. “Es como un río desbordado, una explosión de vitalidad, una tormenta de cosas hermosas”. No

encuentro mejores palabras para describirlo, porque se mostraba indudablemente vivo. Más que un alma rebelde, él era capaz de entender todas las almas. Por eso te enamorabas de él.

Todos los rasgos que vertebran la Esperanza, la virtud humilde y fuerte que requiere te-

nacidad, especialmente en la aceptación del dolor, los habían usado para describirme a Berni como paciente. Un Berni que no solo aguantaba, sino que “seguía amando su vida”, que seguía “anteponiendo su felicidad a todo, sin dejarse abrumar por los acontecimientos y hablando del futuro, de sus viajes, sus desfiles de moda, su vida en Amsterdam y sus proyectos”. Fue su fe en la vida lo que le impulsó a seguir adelante, más allá de cualquier expectativa. No era optimismo, era la valentía de vivir. ¿Era fe absoluta en la *energeia*? Tenía una de las palabras más importantes de la filosofía griega tatuada en el pecho. “No pido un milagro”, le decía hablando de mi fe mientras, a regañadientes, me dejaba que derramase agua de Lourdes sobre su cadera, donde se localizaba su sarcoma. Y era verdad que no esperaba un milagro, porque sé que el verdadero milagro es el que la Palabra puede inspirar en un corazón abatido como el mío. El verdadero milagro ocurre en el corazón; el milagro es creer que Dios me ama inmensamente.

Es esperar en su abrazo. **San Agustín** dice que la fe es tocar con el corazón. Ahora entiendo por qué hace tres años volví a la Iglesia en busca del Padre. Le había respondido a Berni que rezar me da fuerza.

Y es cierto. Da una fuerza inexplicable.

Ahora sé que me convertí porque necesitaba ir al origen de esa fuerza, necesitaba Amor infinito, ilimitado, Absoluto, más allá de los confines del Espacio y el Tiempo. El Amor de Yo Soy el que Soy. Así que volví a la Iglesia porque quería tener esperanza más allá del apocalipsis, que era un horizonte probable desde el principio, dado que su raro tumor era un tanque armado. Deseaba a Dios con mucha fuerza porque solo así, abriéndome al Amor infinito, no habría perdido a Bernardo, solo así podría haberlo tocado para siempre. No conozco mayor Esperanza que la oración, esta revolución silenciosa e interior que te atraviesa, te trasciende y te lleva de la mano. Es un don, no solo harina de nuestro costal.

En sus últimos días, incluso con oxígeno y con el cuerpo débil y agotado, Berni sonreía. Cuando ya no podía bailar, cuando ya no podía volver a

Amsterdam, concentró su energía en esa sonrisa inefable que hacía que su dolor se calmara y se tornara en algo casi sagrado. Esperaba en silencio. Nos mirábamos. En sus ojos se reflejaba la abundancia de quien es llevado al patíbulo de buena mañana. Esa abundancia de energía brotó plácidamente una tarde cuando sus amigos le llevaron un helado. Recuerdo haberme preguntado de dónde sacaba la fuerza para reír, para hablar y para vivir de nuevo. Como la zarza, no se quejaba y continuaba ofreciendo lo que pudo. ¿No es eso lo que hizo **Job**? ¿Amar su vida y a su Dios a pesar de las heridas? “Lo tengo todo, pero me falta salud”. ¿No es esto vivir tomando lo bueno y aceptando lo malo sin sucumbir a ello, no es la piedra angular de la esperanza? ¿Amar, como **Jesús**, hasta el final? “Los amó hasta el final”.

Se fue vivo

Falleció al día siguiente, 13 de junio del año pasado en una mañana soleada. Estábamos en el hospital; le había llevado café. Y se quejó de mi retraso. “Se enfría”, me escribió por teléfono. Al atardecer llegó al Cielo. “Ya no puedo respirar, me muero”, dijo. Sus últimas palabras fueron una afirmación objetiva, comunicadas con la misma autoridad y la misma hermosa voz con que te decía que iba a comprar tabaco. La muerte se lo llevó vivo. Esa parte de mí que permaneció muerta en el suelo ahora puede escribir solo porque cree que él sigue viviendo en otro lugar. “La muerte no es nada —dice el poema de **Henry Scott Holland**—. Solo he pasado al otro lado: es como si estuviera escondido en la habitación de al lado”.

Para nosotros, los cristianos, la muerte es un paso, no el final. Es el punto de apoyo de nuestra fe. Con esa terrible serenidad, ¿no nos había dicho Berni más o menos lo mismo constatando que solo es un paso? ¿Es eso lo que quería decirme? ¿Y rezo a **María** para hacer soportable el tormento de la separación? La esperanza no es un suelo, sino un camino de agujeros. El papa **Francisco** aseguraba que en este camino era importante no permanecer en el suelo. Rezo incesantemente para no quedarme en el suelo, para no ceder al olvido, para seguir tocando su energía con mi corazón.





Pequeñas vidas en el mar

LIDIA GINESTRA GIUFFRIDA

Un viaje entre el renacer y el sufrir en el Mediterráneo

Un llanto suave, dos ojitos negros y un cuerpecito de pocos centímetros dentro de un chaleco salvavidas desinflado. Así es como llega a mis brazos el pequeño **Moisés**. Su madre, desde la barcaza en la que se encuentra, ha pensado primero en salvarlo lanzándolo, literalmente, al bote de inflable de la Humanity 1, el barco de búsqueda y rescate de la ONG alemana SOS Humanity. Está oscuro a nuestro alrededor, el mar golpea con fuerza el bote inflable, la gasolina en el cuerpo de Moisés me hace temer que se me va a escapar en cualquier momento. Respiro. Él está en silencio, me mira y empieza a llorar como un niño recién salido del vientre de su madre. En los segundos que separan nuestro intercambio de miradas del regreso al frenesí del rescate, una cosa está clara: esto es esperanza.

El mar es el lugar donde aprendí el significado de la palabra “renacer” y el de la palabra “esperanza”, esta última la he visto encarnada en la mirada de aquella madre, dentro de esa pequeña barcaza mientras se mecía sin parar. La madre no habla ni tampoco llora, sino que decide confiar su cuerpo a las olas esperando que alguien la deje subir también al bote, pero, sobre todo, confía a su hijo.

Mira hacia adelante, como si supiera que a partir de ese momento sus vidas dependen solo de lo que encuentren al otro lado del mar. “Si él está a salvo, yo también lo estoy”, me dirá más tarde a bordo del

barco nodriza. Es lo único que sé de ella. La mujer pasa los cuatro largos días de navegación hacia el puerto de Génova con la mirada fija en el vacío y solo sonríe cuando Moisés hace alguna monería. Junto a ella, sentadas en sus camas dentro del espacio dedicado a las mujeres y los niños, hay otras once mujeres jóvenes, cada una con su propio bebé.

Hijos sin padre

Huyeron de Sierra Leona y Costa de Marfil, y la mayoría desconoce quién es el padre de esos niños, nacidos de la violencia de la trata. “En el desierto, los traficantes nos secuestraron y abusaron de nosotras”, dice una de las mujeres. **Amara** está sentada en una de las camas de la izquierda. Su hijo **Samuel** juega con un muñeco que le han regalado los voluntarios del barco. “Tengo veinticinco años y vengo de Sierra Leona”, dice con voz firme. “Tuve a mi primer hijo a los dieciocho y nació tras una violación; luego tuve al segundo tras otra violación. La comunidad se burlaba de mí porque mis hijos no tenían padre. Para mí, cada día significaba revivir esa violencia; las miradas de la gente, sus bromas, todo me recordaba que había sido violada”, continúa impasible.

“Cuando cumplí veintitrés años, decidí escapar con algunas amigas y mi prima, de veintidós años. Me vi obligada a dejar a mis hijos, uno de cuatro y el otro de siete, con una amiga con la esperanza de que

algún día pudieran reunirse conmigo en Europa. De Sierra Leona fuimos a Guinea y de Guinea a Malí, luego a Argelia y luego a Túnez. Una de mis amigas murió en el desierto, de hambre y sed. Mi prima fue violada por los traficantes y luego asesinada”, explica con voz temblorosa.

Interrumpe el relato, se seca una lágrima y continúa: “Ella también tenía un hijo en Sierra Leona, un niño de tres años. La convencí de venirse en busca de un futuro mejor. Esperaba que lo lograra, que llegáramos juntas a Italia. No sabía cómo decirle a mi tía que su hija había muerto; todavía recuerdo como si fuera hoy cuánto lloró por teléfono cuando la llamé”. Amara continúa el viaje sola hacia Túnez, donde conoce al padre de Samuel, el niño que le devolverá la esperanza necesaria para encontrar el coraje de seguir adelante: “Tras el nacimiento de Samuel redescubrí por qué estaba allí, viajando, por qué huía; encontré la esperanza que necesitaba para seguir persiguiendo mi sueño de una vida mejor”, concluye.

La esperanza en la Humanity 1 está representada por Moisés cuando duerme tranquilo; encarnada en las manitas de Samuel jugando; y también, por qué no, reflejada en la sonrisa rota de Amara. La esperanza tiene tres meses, pesa poco más de cinco kilos y ya ha vivido un infierno, pero ha demostrado que el futuro, a pesar de todo, sigue llamando a la puerta y espera que alguien abra del otro lado.

Carmen Yáñez, ¿cómo se sobrevive al infierno?

Con la sola convicción de tener la razón y la verdad como principio ético. Basta con tener la mirada y la actitud de un ser humano que siente empatía por el prójimo.

En 1975, usted fue encarcelada y torturada en las cárceles de Pinochet; después, en 1981, tuvo que abandonar Chile, afrontando un nuevo dolor y sufrimiento. ¿Cómo vivió la separación de su país, de sus seres queridos y de su familia?

El exilio es un efecto colateral del sufrimiento de un pueblo que debe emigrar, renunciar a toda vida y a todo proyecto de futuro, sin un suelo firme bajo sus pies. Se trata de una nueva construcción del yo, no exenta de incertidumbre.

Desde entonces, ha compartido el destino del emigrante y la condición de exiliada. ¿Ha terminado su viaje como emigrante, su exilio?

La he vivido intensamente. En mi caso también se trató de aprender nuevos códigos y un nuevo lenguaje. Creo que el viaje nunca termina, pero intento construir mi hogar dondequiera que esté.

¿Ha perdido la esperanza?, ¿cuándo?

Sí, cuando pierdes a un ser querido sin previo aviso, cuando el dolor de esa pérdida es insostenible. Entonces, poco a poco, te levantas para reconstruirte y empezar de nuevo.

¿A qué esperanza se ha agarrado cuando lo ha visto todo negro?

La vida siempre me ha arrancado de la oscuridad, de la mía y de la de mis familiares.

¿Qué siente respecto a sus torturadores?

No siento odio porque el odio regresa al ser que odia, y ni siquiera siento lástima. Sí, creo en la justicia, creo que todos deben pagar por sus crímenes. No sería capaz de hacerles lo que les hicieron a sus prisioneros. Un castigo suficiente es privarlos de su libertad, porque fueron y son un peligro público. No hay perdón y no hay olvido: es mi lema y el de todos los de mi generación que han sufrido las dictaduras.

Su esposo, Luis Sepúlveda, vivió la misma experiencia: prisión y exilio tras el golpe de Estado de 1973 contra Salvador Allende. Ambos continuaron luchando por la justicia social, ¿de dónde sacaron la fuerza y el valor?

Porque siempre hemos estado convencidos de que los bienes naturales de este mundo deben pertenecer a todos los seres que lo habitan. La desigualdad solo

Gracias a Daniel Mordzinski por permitirnos usar la foto de Carmen Yáñez y Luis Sepúlveda para este artículo.

“El viaje no termina”

Carmen Yáñez es la escritora chilena de la libertad

ha traído tristeza, decepción, miseria y dramas humanos.

Ovejas consumistas

¿Cuáles son hoy los mayores riesgos para el planeta y la humanidad?

La ambición y la codicia de algunos seres humanos despiadados y narcisistas hacen que este mundo sea desigual. Ellos son los dueños, el resto son ovejas consumistas. El cambio climático es evidente en distintas partes del planeta. Estamos presenciando el mayor crimen de la humanidad, pero el Poder no detiene este desastre.

¿A qué esperanza debemos aferrarnos?

Mi esperanza es que los humanos encuentren equilibrio, bondad, valores éticos, empatía hacia sus semejantes y sabiduría.

¿Cuáles son sus miedos personales?

Me preocupo por mi familia, mis amigos y los cuido, aunque vivan lejos de mí.

¿Y sus esperanzas?

Un futuro sin miedo.

Su vida, sus amores, sus esperanzas, su nostalgia por su país se refleja en su poesía. ¿Cómo se impregna su vida cotidiana de ellos?

Quería dar voz a aquellos que, como yo, emigraron en busca de un lugar en el mundo donde pudieran sobrevivir.

¿Existe un atisbo de salvación a través de las palabras y la memoria?



La más bella historia de amor

Carmen Yáñez y Luis Sepúlveda son dos figuras emblemáticas de la lucha contra las dictaduras sudamericanas y del mundo. Ambos fueron perseguidos por el régimen de Pinochet en Chile. Luis fue encarcelado y torturado inmediatamente después del golpe de Estado de 1973 y liberado gracias a la fuerte presión de Amnistía Internacional y luego exiliado. Carmen fue arrestada en 1975, torturada y también obligada a exiliarse. La suya fue una profunda unión, tanto personal como política. Se casaron dos veces: la primera, siendo muy jóvenes, en 1971, y al año siguiente nació Carlos. La segunda, en 2004, después de que la vida los separara y los volviera a unir porque su amor no había terminado. Para Carmen, la poesía fue una herramienta de memoria y resistencia, mientras que para Luis (fallecido a los 70 años en 2020 a causa del COVID-19), la literatura se convirtió en el medio para narrar las injusticias y el sufrimiento. Juntos construyeron una segunda patria hecha de palabras y esperanza, siempre convencidos de que la memoria y la justicia son las claves para un futuro mejor.

Sin memoria, sin historia, estamos condenados a repetir los errores. Solo la memoria histórica nos revela el futuro hipotético de la Tierra.

¿Cómo construye esperanza, para usted y para los demás?

Con mi única arma que es la palabra. *¿La memoria es un arma para hacer justicia?*

Una potente arma para hacer justicia. *Ha contado que para usted y para Luis Sepúlveda, la literatura ha sido su nueva pa-*

tria. ¿Pero qué echa de menos en esa segunda patria?

A veces, los migrantes sentimos que no pertenecemos a ningún sitio. Nos hemos convertido en ciudadanos del mundo, universales. De ningún lugar y de todos lados. Pero sí echamos de menos la sensación de pertenencia, los amigos de la infancia y los lugares físicos donde comenzamos el viaje de la vida.

¿Qué poder puede tener hoy la literatura para promover la conciencia del peligro y despertar la esperanza?

La literatura es una enorme ventana para observar el mundo y aprender sobre él. La historia que no se cuenta oficialmente. La memoria abierta.

Juan Belmonte es el protagonista del libro “Nombre de torero” de Sepúlveda. Aparece como un hombre que, tras haber librado muchas batallas, se siente desilusionado y reacio a entrar en el ruedo. ¿Por qué?

Juan Belmonte es un personaje que ha perdido pequeñas y grandes batallas, es un perdedor, pero siempre lo vuelve a intentar, porque su deseo de justicia es mayor que el miedo a volver a perder.

¿Belmonte es el mismo Sepúlveda en determinados momentos de su vida?

Muchos escritores tienden a prestar un poco de su biografía a la construcción de sus personajes, así como los sentimientos retratados en la historia, con una buena dosis de ficción.

¿Y Verónica, la mujer que en el libro nunca se recuperó de las torturas de la dictadura, es ella?

Sí, en parte, pero también describe a una mujer completamente destrozada, víctima de tortura. En mi caso, logré superar ese episodio.

Profundo desgarró

¿Sepúlveda y usted han sentido alguna vez el peso de tener que dar testimonio, de tener que contarlo?

No es fácil, es una carga que siempre llevaremos. Pasé muchos años sin hablar de ello. Imagino que a Luis le pasó lo mismo. Sentí miedo y vergüenza al contarlo. Es un desgarró profundo.

¿Cree, como escribe Sepúlveda, que “la sombra de lo que hemos hecho y de lo que hemos sido nos persigue con la tenacidad de una maldición”?

Estamos hechos de lo que fuimos, no podemos cambiar esa historia. Debemos aceptarla y desde ahí vivir hasta el final coherentemente con lo que somos hoy.

¿Nos recomienda tres libros para alimentar la memoria y la esperanza?

Recientemente recibí un libro de un escritor uruguayo que recomiendo: *Las Cenizas del Cóndor*, de **Fernando Butazzoni**. Narra parte de la historia de nuestra Latinoamérica afectada por los golpes de estado de los años setenta, bajo el manto del siniestro plan de tortura y exterminio “El Plan Cóndor”, que tanta desolación nos ha dejado. Sin embargo, este libro sigue abriendo destellos de esperanza. Creemos en los seres humanos que somos. El otro es *Volver la vista atrás*, del escritor colombiano **Juan Gabriel Vásquez**, basado en hechos reales sobre las relaciones entre padres e hijos marcadas por las ideas políticas y el fanatismo. El tercero es *La guerra perdida*, del escritor mexicano **Jordi Soler**. La historia de una familia de exiliados de origen catalán. Su peligroso viaje, las pérdidas y cómo sobreviven en el corazón de la selva, esperando la caída del dictador que los arrancó de sus raíces.

FILANTROPÍA

Si la justicia,
si existiera.
No la divina,
la terrenal, la amorosa.
Esa que buscan los rotos
en la circunferencia del olvido,
en la invisible e
inalcanzable humanidad.

Carmen Yáñez

Remendar alma y cuerpo

VITTORIA PRISCIANDARO

Rosemary Nyirumbe salva a ex niñas soldado en Uganda

Bordados refinados o remiendos de tela, vestidos de alta costura o delantales de cocina, da igual. Lo que importa es enhebrar una aguja y dar una puntada tras otra, marcando el ritmo del pedal de la vieja *Singery* del fluir de la respiración que destierra el recuerdo del horror, de las heridas que marcan el cuerpo y minan la mente. Unir bordes y remendar heridas: este podría ser el lema que acompaña la misión de la hermana **Rosemary Nyirumbe**. Religiosa de la congregación del Sagrado Corazón de Jesús, matrona, licenciada y con un máster en ética y sociología del desarrollo, creó el centro de Santa Mónica en Uganda, salvando a miles de niñas secuestradas y esclavizadas por los rebeldes del Ejército de Resistencia del Señor, LRA. *Time* la reconoció en 2014 como una de las 100 mujeres más influyentes del mundo; recibió el Premio Women Impact de ONU Mujeres; y CNN la nombró la heroína del año en 2007. La llamaron la Madre **Teresa** de África. Con 69 años de energía y determinación, y una estatura de un metro sesenta, ama la palabra sencilla, convertida en realidad a través de la acción.

“A lo largo de mi vida, caminar con esperanza siempre ha significado acercarme a las personas vulnerables, comprender su dolor e intentar ponerme en su lugar. Intento dar esperanza de forma práctica, ayudándolas. Sin hablar de Dios porque el mero hecho de estar ahí da testimonio de mi fe en Dios, que cuida de todos”, dice. En su biografía, *Rosemary Nyirumbe, Cosiendo esperanza: La mujer que devuelve la dignidad a los niños soldados*, la monja relata la situación que determinó su vocación. Los soldados del LRA secuestraron a miles de menores de escuelas y hogares, asesinando a sus familias y maestros y obligándolos a luchar. A los niños se les ordenó violar y matar; a las niñas, algunas de las cuales acababan de entrar en la pubertad, se las llevaron al bosque, las utilizaron como esclavas sexuales y las dejaron embarazadas por hombres mucho mayores que ellas. Los labios de los que brotaban protestas o gemidos fueron cerrados con candado o amputados. Les arrancaron los lóbulos de las orejas y la nariz, y las manos desde las muñecas, a golpe de panga, un machete largo y afilado. Los prisioneros que



intentaron escapar o se negaron a cumplir las órdenes de matar a sus familiares eran ejecutados con un disparo de pistola”. El camino de Rosemary se ha cruzado con el de miles de estas jovencísimas mujeres. “Para ellas, la esperanza era alguien que las comprendía. Al conocerlas, sentí claramente lo destrozadas y apartadas que estaban. Nosotras las abrazamos y aceptamos como venían porque la vida que les habían robado podía reconstruirse. Por eso, siempre hablo de coser, de remendar los rotos. La máquina de coser, les digo, ‘es justo lo contrario de las ametralladoras con las que te enseñaron a destruir la vida’”.

Escuela de costura

Abrir la escuela de costura, luego un negocio de catering, luego un centro de día para los hijos de la violencia. Multiplicar los locales para las numerosas solicitudes y encontrar benefactores y ayuda no fue fácil. Por no hablar del miedo. “Los momentos más difíciles de mi vida fueron aquellos en los que temí encontrarme cara a cara con los rebeldes. Me preguntaba: ‘¿Estaré viva mañana?’. Era el mismo miedo que tenían estas mujeres. Así comprendí lo que era vivir y perder la esperanza. Recé una sencilla oración: ‘Dios, si llega el momento de encontrarme con estos rebeldes, haz que los respete y que ellos me respeten. Para que puedan ver tu rostro en mí. Y yo ver tu rostro en ellos’. Quiero que entiendan que estoy dispuesta a aceptarlos también”.

Y eso fue lo que pasó un día. “Un rebelde se escondió en nuestra cocina. Estaba bloqueada. Pero tuve que armarme de valor y

preguntarle: ‘Por favor, ¿qué haces aquí? ¿Puedes irte? Porque si otros soldados vienen a buscarte pensarán que soy una colaboradora y nos matarán a ambos’. Se lo dije con amabilidad, no lo planeé. Se fue, y luego regresó después y dijo: ‘No quiero meterte en problemas’. Y recogió todas las balas que tenía escondidas en la cocina”.

Algunas mujeres la han conmovido. La primera era una chica que compartía habitación con una amiga. Un día me dijo: ‘Hermana, me siento mal compartiendo habitación con esa chica porque descubrí que, cuando estábamos en cautiverio, fui una de las que mató a sus padres. Ella no me conoce, pero ahora que lo sé, me siento muy culpable’. Le dije que hablara con ella, que no tenía la culpa de lo que les habían obligado a hacer. ‘Ahora vivid juntas. Te



acepta como hermana y la ayudas a cuidar a su bebé. Perdona y sigue adelante”.

Los proyectos de la religiosa han tenido repercusión internacional. “Eran diferentes a las mujeres de Uganda, pero también necesitaban renacer. Apreciaban que soy yo misma y no pretendo ser una persona diferente. Vivo mi vida. Muchas desconocen que tengo una cierta formación y me da igual. Quiero ser un ejemplo con mi esperanza, mi oración y con proyectos para la promoción de la mujer”. La fuerza y la sencillez de esta pequeña, pero gran mujer, la han hecho creíble ante quienes han sido violadas y redimidas a través del trabajo; ante las guerrillas, que la han dejado en paz y no han atacado las escuelas; ante los estudiantes de Oklahoma y otras universidades, que asisten a sus seminarios sobre negocios y cooperativas que dan trabajo y dignidad a las mujeres africanas; y también ante los benefactores estadounidenses, que han encontrado en sus proyectos una semilla de esperanza para la humanidad y un sentido más profundo a su existencia.

Al final de su autobiografía, Rosemary afirma que nunca debemos dejar de soñar. ¿Qué espera para su futuro? “Hoy sueño con ayudar a los niños de Sudán del Sur, donde hemos iniciado un programa de alimentación y adonde llevamos el cacahuete que cultivamos en Uganda. Quiero que las mujeres y la gente de Uganda participen en esta iniciativa agrícola que es una forma de dar trabajo y educar a la gente para combatir la desnutrición. Me gusta que la gente sueñe en pequeño y ponga en práctica lo que sueña”. ¿Y para la Iglesia? “Lo que dijo el Papa Francisco: poner a los pobres en el centro de nuestras vidas”.



“Donar órganos permite reescribir la muerte y transformar el dolor”

La psicoterapeuta Francesca Alfonsi aborda la generosidad

CARMEN VOGANI

Es un testimonio de caridad, un acto de generosa solidaridad y una señal de esperanza para muchas personas. Así define la Iglesia Católica la donación de órganos. A pesar de las garantías de la ciencia y la fe, debemos ser honestos porque elegir decir “sí” a la vida, justo en el momento de la muerte, es un acto altruista. Pero no podemos darlo por sentado. Si el difunto no llegó a expresar su voluntad en vida, la decisión recae en la familia. Miedos, supersticiones y desinformación son los obstáculos cotidianos con los que se encuentran a diario profesionales como la psicoterapeuta Francesca Alfonsi, del Policlínico Tor Vergata de Roma. Lo hacen con paciencia, como lo exige la comprensión del duelo.

¿De dónde nace este miedo?

Muchas veces se debe a la confusión entre coma y muerte cerebral. En el coma, el cerebro está activo, aunque mínimamente; en la muerte cerebral, el encéfalo está completamente inactivo. Nadie puede proponer la donación si no se ha confirmado previamente el fallecimiento. Solo después, y en ausencia de consentimiento expreso en vida, se puede proponer la donación a los familiares.

La persona está muerta, pero los órganos funcionan. ¿Cómo sucede esto?

Como dependen de una máquina, sin este soporte artificial los órganos se detendrían. Las máquinas se desconectan tras confirmarse el fallecimiento. En muchos países, como Italia, se hace

a las seis horas. Sin embargo, si existe consentimiento para la donación, se desconectan en el quirófano.

¿Cómo es el primer impacto con los familiares?

Los acompaño a los pies de la cama de su ser querido para que se digan todo lo que no se han dicho, basta con un simple: “te quiero”. No somos buscadores de órganos, estamos ahí para ayudar a las familias. Si se logra el consentimiento, es maravilloso, porque al otro lado hay pacientes esperando cuyas vidas penden de un hilo. Pero nuestra principal tarea es apoyar a los familiares en esos angustiosos momentos.

¿Cómo les explica la opción de la donación?

No hay fórmulas mágicas. A veces son los familiares quienes anticipan la propuesta de donación, y entonces todo se simplifica. De lo contrario, es necesario crear un espacio de reflexión. Escucho y explico que la donación es una poderosa oportunidad para reescribir el momento de la muerte y para transformar el dolor en esperanza.

¿Hay negativas rotundas que luego se transforman en un ‘sí’?

Por supuesto, pero también lo contrario. No forzamos las decisiones. Invitamos a los familiares a hablar y los acompañamos para hacerles comprender qué habría querido su ser querido, para distinguir a través de sus comportamientos, valores o señales que habría elegido. Si, por ejemplo, era una persona generosa y altruista. Los familiares ponen voz a su deseo. Ese ‘sí’ tiene algo de mágico.



ELEONORA MANCINI

El régimen de **Ceausescu** acaba de caer. La vida en Bucarest es dura y la noche tiene sus fantasmas. Un apuesto chico de belleza árabe, recién llegado a Rumanía, deambula por la estación central. Se llama Miloud, es artista callejero y con sus dedos hace maravillas. Mientras camina entre las vías, una lengua de vapor emerge desde las alcantarillas. Está absorto en sus arabescos cuando una pequeña figura se distingue entre el humo y la oscuridad de la noche y desaparece como por arte de magia. Sabe que la magia no existe. Debe ser un niño, tan real como su mano extendiéndose para agarrar un brazo huesudo. Era uno de los encuentros que **Miloud Oukili**, artista de circo franco-tunecino, ha tenido en Bucarest con los más de cuatro mil niños de la calle que poblaban los canales subterráneos de la ciudad. A través de su ONG Parada, ha enseñado artes circenses como medio para recuperar una generación entera de infancias violadas.

En una Bucarest primaveral, hablo con **Alina**, una de las chicas ayudadas por Miloud, y con **Franco Aloisio**, presidente de Parada desde 2013 y uno de los activistas sociales italianos más prestigiosos y estimados en Rumanía. Alina tiene ahora 41 años, es menuda y ha conocido los aspectos más atroces de la vida: “Crecí en un orfanato, tenía tres semanas cuando me abandonaron. Nos criaron los educadores. Por la noche, Domnul **Nicu** y Domnul **Marian** irrumpían en la habitación con palos y nos golpeaban. Así sin más, sin motivo alguno. Vi a algunos morir por la violencia. Luego se llevaban a alguien y lo violaban.

Alina, salvada por una nariz de payaso

De las alcantarillas de Bucarest a los focos y acrobacias del circo

¡Cuántas veces lo hemos sufrido!”. Este es el calvario que sufrieron los numerosos niños nacidos bajo el Decreto 770, con el que el dictador Ceausescu pretendía duplicar la fuerza laboral para impulsar la economía en el año 2000. Esta disposición fue aplicada con especial ferocidad por la “policía menstrual”, que vigilaba los períodos de fertilidad de las mujeres. “Los fetos son propiedad del Estado”, rezaba el lema, mientras que el promedio de hijos por mujer llegó a cuatro, sin garantizar a las familias lo necesario para sobrevivir.

Muchos padres se vieron obligados a entregar a sus hijos al estado, que los relegó a orfanatos-campos de concentración. “La pobreza y el abuso obligaron a los niños a huir de las instituciones”, explica Aloisio. “En las ciudades eran despreciados como perros callejeros; su único refugio eran los canales subterráneos calentados por tuberías de agua. Allí, en ese mundo sofocante por el calor y la suciedad, existía una humanidad dramáticamente especular porque los niños solo salían para cometer pequeños hurtos y para conseguir aurolac, el disolvente químico que inhalaban para

aliviar la fatiga y el hambre. Todos dependían desesperadamente de él”. Desde 1992, Miloud les ha dedicado su trabajo de payaso y ha creado una compañía de circo. Los niños entrenan en los parques públicos cerca de las alcantarillas a la entrada de los canales; muchos tienen talento y un increíble sentido del equilibrio porque las escaleras empinadas y recovecos subterráneos, unidos a la delgadez debida a la desnutrición, los hacen muy ágiles.

Los chicos de Parada

Alina tenía diez años cuando conoció a los chicos de Parada: “Llegaron al orfanato con sus narices rojas de plástico, ‘contra la indiferencia’”, decían. Miloud hacía malabares que dejaban a los niños boquiabiertos. ‘¡Enseñame! Quédate aquí para siempre’, le suplicaba. A los dieciocho años me echaron del orfanato, terminé en la calle y bajé a los canales. Nos las arreglábamos para vivir. Recuerdo un tanque de mantenimiento que llenábamos con agua caliente; era nuestra piscina. Y la discoteca: para las luces, tirábamos un cable eléctrico de las vallas publicitarias y bailábamos



con una grabadora. Pero la vida era la de las bestias heridas, nos mordíamos. Luego, llegaron las drogas y pensé que nunca podría salir de ese mundo. Una vez más, Parada me salvó. En esta foto yo soy la pequeña de arriba. Me mantengo en equilibrio sobre las demás y me siento así: segura de estar segura”.

Franco Aloisio organiza la primera gira de los chicos en Sicilia, un proyecto con la comunidad de reinserción de la prisión de Malaspina en Palermo. Alina vive una experiencia extraordinaria: “Conocí a **Vittorio**, un agente con un corazón de oro. Vittorio me hizo sentir protegida; me hubiera gustado que me adoptara, pero perdimos el contacto. Lo quería como a un padre”. Hubo muchas otras giras de Parada por todo el mundo y la historia se llevó al cine con *Pa-ra-da*, de **Marco Pontecorvo**, en 2008, y *The jockers*, de **Michela Scolari**, en 2022. Alina ha vivido en viviendas sociales y, con Parada, enseña malabarismo a menores en situaciones difíciles. Padece numerosas patologías causadas por la violencia sufrida y pasa por el hospital a menudo: “Ahora recibo la asistencia necesaria; hay un médico muy bueno que me atiende. Trabajo en un hotel regentado por una familia adinerada que me llevó a Estados Unidos como empleada doméstica. Conocen mi historia, pero muchas veces no doy abasto con la carga de trabajo. También me dan alojamiento. Con una pequeña subvención del gobierno, reúno 600 euros al mes con los que vivo... imagínate cómo”.

Alina tiene dos sueños. El primero es tener un hijo, pero lamentablemente no puede puesto que el abuso fue un trauma psicológico y físico. En los canales conoció a **Ricky**, a quien ha cuidado. “Ricky tenía una familia, pero eso no impidió que le cogiéramos cariño. Intentaba protegerlo de esa vida. Ahora ha crecido y es el hijo que no puedo tener”. Se conmueve con su segundo sueño: “Me gustaría tener una casa propia. Conocí al papa **Francisco** en 2016 en el Jubileo de los Artistas. Tenía una fuerza especial. Ahora le pido que hable con Dios para que me dé una casa, pequeña, pero mía”. Alina reza mucho. Le pregunto quién la enseñó y su respuesta me deja atónita: “Doamna **Miruna**, educadora del orfanato. Nos pegaba brutalmente, pero nos llevaba a la iglesia. Me enseñó a cuidar un pequeño altar”. Luego añade: “Miruna tuvo cáncer y fue un dolor para mí; la echo de menos y rezo por ella”. Alina es una acróbata del espíritu, un vuelo de esperanza, esperanza para todos.

El embarazo, tiempo sagrado de espera

María a Isabel, dos mujeres testigos de una promesa divina

MARINELLA PERRONI

El relato de la visita de **María** a su pariente **Isabel** forma parte, de un gran fresco narrativo que pretende explicar la filiación divina del Mesías y en el que el protagonismo femenino tiene una importancia indiscutible. Para **Lucas**, el encuentro entre las dos mujeres tiene un significado que va mucho más allá de la crónica de un hecho. El silencio al que se ve obligado **Zacarías**, esposo de Isabel, y la ausencia de **José** hacen aún más efectivos los gestos y las palabras de las dos mujeres que se han interpretado como signos claros de la intervención del Espíritu. El encuentro entre esas dos mujeres embarazadas, una, la anciana Isabel que dará a luz al último de los profetas; y la otra, la joven María de la que nacerá Aquel que abrirá la historia humana a la era de los nuevos cielos y de la nueva tierra, confirma que la historia de Dios está entrelazada con el misterio originario de la vida, el que se cumple en el cuerpo de **Eva**, madre de todos los vivientes, y sigue cumpliéndose en el cuerpo de toda mujer que esperan un hijo. Hay un enorme poder simbólico en esta imagen de dos mujeres que llevan dentro de sí el misterio de la vida y que revelan su calidad de misterio no solo biológico, sino teológico.

El embarazo, como tiempo de espera, adquiere un significado pleno a partir del horizonte de fe de un pueblo para el que la espera reviste un valor decisivo. La historia del Mesías se injerta en la de su pueblo que lo espera desde hace siglos. Dios hace a ese pueblo, aunque ya anciano, capaz de engendrar porque ha permanecido fiel a la promesa hecha a los padres y a su descendencia.

El embarazo es un momento en el que las mujeres se reconocen como “peregrinas de la esperanza”, porque a partir de las señales

que reciben de su propia carne durante muchos meses, aprenden a acompañar paso a paso el tiempo de espera y aprenden que la sabiduría de la vida también se adquiere aprendiendo a esperar. La vida, la de todo ser vivo, así como la de los pueblos y de la humanidad en su conjunto, se teje en el silencio y la oscuridad. Para Isabel y María ese silencio y esa oscuridad hablan de Dios y cantan sus alabanzas, porque revelan que su presencia en la historia de los hombres nunca permitirá que se autodestruyan. El saludo de Isabel y el cántico de María representan la primera epifanía del Mesías que ocurre cuando Dios comenzó a tejerlo en el vientre de su madre.

Carecería de sentido decir que una mujer es plenamente tal solo si genera hijos en la carne y menos aún que para las mujeres es por ahí por donde pasa el empoderamiento del Espíritu: la realidad que nos rodea lo refleja claramente. En el pensamiento femenino de las últimas décadas, las mujeres han reivindicado separar la definición de lo femenino, tan querida por el patriarcado, de la maternidad entendida como único destino. Tampoco significa decir que el misterio de la transmisión de la vida pertenezca exclusivamente a las mujeres, porque sabemos bien que no puede confinarse solo a lo que sucede en sus cuerpos. No debería sorprender, que **Zacarías** y **José** queden completamente excluidos del relato de la visita de María a Isabel. Porque solo las mujeres tienen derecho a compartir

la conciencia de lo que sucede a través de ellas y en su interior. Un compartir que se hace Evangelio, Buena noticia, en el abrazo entre aquel que representa al pueblo de la promesa y Aquel de quien nacerá el Hijo del Altísimo y cuando dan voz al tiempo de la espera como tiempo de esperanza.





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento